

Pascal BRUCKNER, *La tentación de la inocencia*, Barcelona: Anagrama 1996, 290 pp.

JUANJO SÁNCHEZ

I. Origen – motivación – contexto – referentes teóricos

Tras unos *orígenes* de influjo religioso nada despreciable, Pascal Bruckner se forma en la filosofía de las Luces, de la Ilustración, y desembocará en una iconoclastia que, unida a la aportación de filosofía moral que recibe de su maestro Jankélévitch, madura en lucidez y en un fino sentido crítico para las trampas y patologías que pervierten la libertad, lo que denominó “las patologías o enfermedades del individuo moderno”

Trabajó durante años junto a Alain Finkielkraut y se convirtió en el miembro fundador más joven del Grupo de los llamados “Nuevos Filósofos”. En ese contexto se afina aún más su sentido crítico en la línea abierta por Finkielkraut de análisis crítico de la “barbarie del mundo moderno” y del origen de sus perversiones.

Con estos *referentes teóricos* y esta *motivación*, a partir de los años 80 inicia una crítica sistemática de algunas de esas perversiones de la modernidad: la tentación de la queja, la tentación de los parias, la tentación del masoquismo, la tentación de la prosperidad o la tentación de la **inocencia**, a la que dedica el presente libro. Todos pueden leerse, en este sentido, como una prolongación de la *Dialéctica de la Ilustración*. Son también, en cierto modo, un fragmento de filosofía “a la vista del horror” generado por las patologías, las perversiones de la modernidad y del progreso.

II. Aportaciones valiosas para pensar críticamente el sufrimiento y las víctimas que genera

1. Infantilismo y victimación

En **La tentación de la inocencia** Pascal Bruckner aborda, en efecto, la que constituye, según él, la gran paradoja, la “**dialéctica del hombre moderno**”, la enfermedad o patología del individuo moderno, que, orgulloso de su libertad y autonomía, se muestra sin embargo incapaz de cargar con el peso de la *responsabilidad* que comportan, dimite de su ser más propio y se refugia en un retorno a la *infancia*, en su prolongación hasta la edad adulta, reclamando la dulzura del placer sin límites, sin responsabilidad ni *sufrimiento*. Es la tentación de la **inocencia**.

Esta paradoja o dialéctica del hombre moderno se agudiza conforme se agranda la libertad: cuanto más liberado, más abrumado. Las libertades conquistadas ponen sobre sus hombros una carga cada vez más pesada: una *responsabilidad* mayor y una

conciencia más aguda de la propia *culpa*. Su victoria sobre la sociedad ha sido pírrica: se ha convertido en *víctima* de su propio éxito. De ahí “el cansancio de ser uno mismo”, de ser libre, de ser sujeto, el **sufrimiento** de ser – y de ahí la tentación de la *queja, el dolorismo* sobre la existencia, la irresistible tentación de dimitir y abandonarse al **infantilismo**.

Paralela a esta patología, el individuo moderno, particularmente el ciudadano, termina causando otra patología, estrechamente vinculada con ella y que la complementa: es la no menos inquietante tentación de la **victimación**, del *hacerse víctima*, usurpando el lugar de las auténticas y causando la perversión de las propias **víctimas** y del **sufrimiento** que las genera: mientras las víctimas auténticas reclaman justicia por ser y para ser simplemente humanos, las usurpadoras la exigen para gozar de sus derechos, para ser humanidad *privilegiada*. Y lo más inquietante es que este proceso de *victimación* tiende a ampliarse, a hacerse universal: “solo hay víctimas, nadie es culpable”, o en la versión de Céline: “Todos los demás son culpables, salvo yo”, cerrando así el círculo fatal de **infantilismo** y **victimación**.

*Estamos aquí ante una certera y lúcida crítica de una modernidad que dimite de los ideales que la alumbraron, de una ilustración que ha devenido en su contrario. Una crítica de dos perversiones de la libertad que impiden hacerse cargo del **sufrimiento** en la historia y de las **víctimas** que genera.*

Esta crítica tiene por ello una gran relevancia desde el punto de vista ético-político, social y epistémico.

2. Reecantamiento capitalista: ocultación del sufrimiento

Pero la sombra del *infantilismo* es alargada. Pascal Bruckner lo muestra magistralmente en un segundo momento y escribe otro lúcido capítulo de *dialéctica de la ilustración*. “La ilustración, afirmaban Horkheimer y Adorno, ha perseguido siempre liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad.” La ilustración, escribe Bruckner, persiguió siempre la libertad, pero lo que llegó y se impuso fue el imperio de la mercancía, la sociedad capitalista de la abundancia y el consumo, la religión de lo superfluo, en suma: el reecantamiento del mundo. Y en él se refugió el hombre abrumado por el peso de su libertad, cansado de ser sí mismo, huyendo del **sufrimiento** de ser.

Y en él encontró una nueva identidad: “compro, consumo, luego existo”. Pero una identidad bajo el imperativo del principio de placer, del “todo y ahora mismo”, del frenesí de “la diversión hasta morir”, de “la felicidad de heredar”, de “la religión de la avidez”, de “la hipnosis televisiva hasta el embotamiento”... Rasgos, todos ellos, que responden inequívocamente a una *lógica infantil*. Lo que el hombre moderno logró con este formidable reecantamiento del mundo fue, pues, una identidad

ganada de espaldas al **sufrimiento**: al *sacrificio* de las generaciones anteriores sobre el que descansa nuestro bienestar actual y al **sufrimiento** sobre el que descansa el precio de este mismo bienestar en aquellos que quedan *excluidos* del mismo.

La hazaña del hombre moderno habría sido, por tanto, concluye Bruckner, el “gigantesco retroceso” que el individuo moderno de nuestras sociedades capitalistas occidentales ha culminado desde la Ilustración y la libertad al “*estado de infancia*” actual. Un clamoroso retroceso a la minoría de edad culpable denunciada por Kant. Una nueva “dimisión” del ser humano en cuanto ciudadano a mero consumidor.

Otra victoria pírrica, pues el consumo no cumple su promesa, no libera del **sufrimiento**, de la banalidad; solamente la embellece para hundirnos más en ella, atrapados en el interior del mundo de la mercancía... No nos abre más allá de nosotros... al bien común, a la fraternidad. Ni se hace cargo de nosotros. De ahí el malestar, la profunda decepción de la **tentación de la inocencia**...

Este capítulo de “dialéctica de la ilustración” es, ciertamente, un nuevo ejercicio de lucidez frente a la tentación de la inocencia que incapacita para asumir nuestra responsabilidad ante el sufrimiento en la historia y en nuestras sociedades avanzadas...

Tiene, por tanto, como el anterior, gran relevancia para percibir el sufrimiento, en este caso especialmente el sufrimiento que es precio de nuestra abundancia y nuestro bienestar, precio del progreso, así como para hacerse cargo del mismo: para guardar y hacer memoria del sufrimiento de las generaciones pasadas y asumir la responsabilidad en el sufrimiento de los que quedan excluidos de esos bienes y derechos.

3. Sujetos... ¿de espaldas al sufrimiento?

Hay no obstante una *infancia* -se apresura a subrayar Pascal Bruckner- que no es *infantilismo*. Hay una *inmadurez* que nada tiene que ver con el retorno a la infancia como edad de la *irresponsabilidad* y la entrega al principio de placer. Es la *inmadurez* como *rebeldía* contra la rutina, el orden y la seriedad. Es la capacidad de mantener la frescura, la renovación de la vida, la capacidad de asombro, de lo nuevo, del asombro...

Frente al *infantilismo*, en el que todo es deseo y deseo que ha de cumplirse imperiosamente, que detesta la renuncia, que no acepta limitaciones, que no soporta la responsabilidad ni la conciencia de la *deuda*, que solo gira en torno a sí, que se guía por los lemas de “Yo me lo merezco”, “Yo tengo derecho”, que detesta todo freno en la búsqueda del éxito y el confort..., la genuina *inmadurez* es una *rebeldía* que rechaza las pretensiones desmesuradas, que acepta los límites, que acepta la libertad de los otros, que es capaz de asumir la renuncia y el *sufrimiento*, la capacidad de *padecer*, que sabe que no nos pertenecemos, que nos debemos a los demás, a los otros... Aunada con la adultez, esta genuina *inmadurez* conformaría una vida lograda, una vida en estado de renovación permanente, una vida sin petrificación, una

vida abierta y solidaria con el otro que *sufre...*, una vida no bajo el impero del principio de placer, sino del principio de *alteridad*, fundamento del *ser sujeto*...

Pascal Bruckner despliega aquí una teoría crítica del “individuo-sujeto moderno” en abierta oposición a los principios constitutivos del “hombre moderno” que se ha impuesto en la historia moderna del progreso.

Ella contiene, como no podía ser de otro modo, una crítica radical a ese modelo de constitución del sujeto que ha generado sufrimiento y víctimas. Esta crítica y su modelo alternativo adquieren una relevancia desde todo punto de vista, muy en especial desde el punto de vista epistémico: introduce un modo alternativo al dominante de pensar y conocer al ser humano al ser sujeto.

4. Perversión de la experiencia del sufrimiento

El relato de *La tentación de la inocencia* alcanza toda su densidad cuando la larga sombra del **infantilismo** se entrelaza con la patología o enfermedad de la **victimación** que -sostiene Bruckner- desde la caída del socialismo y la crisis del Estado de Bienestar y la política republicana se extiende como una *metástasis* por todo el cuerpo social, originando una ingente *perversión* tanto de la **experiencia del sufrimiento** como de la **condición de víctima**.

En efecto, esa crisis múltiple ha abonado el terreno para que surgiera y se expandiera el discurso **victimista**. En primer lugar, como enfermedad o cultura de la **queja** y el **lamento** sobre los propios **sufrimientos**: daños, carencias, privaciones. Y como respuesta, una permanente reivindicación, no de la propia *responsabilidad* y de la *culpa* en ellos, ni siquiera de la fortaleza personal para afrontarlos, sino de su **derecho** al resarcimiento, a la indemnización. La cultura de la *queja* prolonga la sombra de la enfermedad del **infantilismo**, una enfermedad que, donde se ha desarrollado suficientemente, como en América, ha suscitado toda una industria de los **derechos** que viene a suplir la crisis del Estado de Bienestar, pero desfigurando el Estado de justicia: “Si usted es capaz de establecer un derecho y demostrar que está privado de él, entonces adquiere la condición de **víctima**” – escribe, con ironía, el investigador John Taylor. De tal modo -añade Bruckner- que la **victimología** está extendiéndose en Estados Unidos como una verdadera plaga nacional. Todas las causas se convierten en materia de derechos. En ello, América se ha convertido en ejemplo de las patologías de la Modernidad que invadirían, que han invadido ya, la vieja Europa y el resto de países que han accedido a ella...

Lo más grave de esta patología es, sin duda, como adelantábamos más arriba, la **perversión** que genera tanto en la misma **experiencia del sufrimiento** como en el sentido auténtico de **víctima**, por una parte, y, por otra, la estrecha y perversa vinculación que se establece entre la experiencia de **sufrimiento** y la **victimación**.

La experiencia de **sufrimiento**, en efecto, degenera en una fuente de derechos, de *privilegio* y, en definitiva, de *poder*: “**Sufro, luego valgo**”: el sufrimiento es como una aureola, una “elección”, un “bautismo” ... que nos permite entrar en el orden de una humanidad *superior*, que nos eleva por encima de nuestros semejantes.” Lo que significa una inversión en toda regla del significado esencial del sufrimiento en cualquiera de sus acepciones, pero especialmente en cuanto **sufrimiento social**. Pero esa nueva identidad que confiere ejerce una potente atracción en individuos y colectivos, que por eso hoy no rivalizan tanto en la excelencia, cuanto en la desdicha. Al mismo tiempo que manifiestan verdadero terror ante el sufrimiento, tienen una sed irresistible de sufrimiento, de persecución, porque tienen “un deseo perverso de ser *distinguidos*”.

Y de ahí la no menos irresistible aspiración a identificarse con las **víctimas**, a “ocupar el lugar de la **víctima**”, de **ser víctima**: la **victimación** vinculada con la experiencia del **sufrimiento**. Pero una **victimación** que pervierte también la condición y el sentido de las **víctimas**. Como dice Bruckner, “*la victimación es la versión fraudulenta del privilegio*.” En ella, efectivamente, el derecho de los débiles desaparece en favor del derecho de los hábiles y fuertes. Y como consecuencia, el derecho de la **víctima** se convierte en una impostura.

Pero la atracción se mantiene irresistible. Todos anhelan alcanzar “**el estatuto de víctima**”, incluso los bien situados. Todos quieren **ser judíos**, incluso, y precisamente, los antisemitas. Evidentemente, porque todos desean adquirir el “estatuto del oprimido”, el privilegio del marginado. Lo cual conduce, en el extremo, también a una reivindicación, tan celosa como excesiva, del Holocausto o del Genocidio para su historia particular de sufrimiento.

*En este capítulo central de su libro Pascal Bruckner lleva a cabo de nuevo un lúcido ejercicio de desenmascaramiento y denuncia de importantes patologías o enfermedades de la Modernidad que están pervirtiendo y desfigurando el sentido de la **experiencia de sufrimiento** y de la **condición de víctima**.*

La lucidez de sus análisis contribuye decisivamente a salvaguardar el rigor epistémico y el genuino sentido ético-político que se encierran en esas dos realidades desafiantes en nuestras sociedades democráticas.

5. La mujer, ¿paradigma de víctima?

Esas dos realidades desafiantes toman cuerpo y se ceban en el individuo moderno que, sin embargo, como denunciaban Horkheimer y Adorno en la *Dialéctica de la Ilustración*, “**no es sujeto**” (*Dialéctica*, p. 293): **la mujer**. A pesar de que, gracias a ella, como también reconocían y denunciaban unos años antes Horkheimer y Adorno en sus estudios sobre “*Autoridad y Familia*”, en la familia se contiene un elemento *anti- autoritario*, y por tanto emancipador, la mujer vio frenada e incluso truncada

su propia emancipación, su desarrollo hasta el *ser sujeto* a causa de su subordinación al varón. Con mirada certera ve por eso Pascal Bruckner que en la mujer no solo se cumple la “**condición de víctima**”, sino que en ella se realiza paradigmáticamente. Su lucidez le permitió adelantarse a su tiempo y denunciar la *feminización* de la opresión, del **sufrimiento** y de la **condición de víctima**: “La mujer constituye el paradigma del oprimido: esclava del esclavo, proletaria del proletario, encarna el **sufrimiento** más profundo y ocupa frente al hombre la misma posición que el judío frente al SS.” (p. 151)

Pero esa misma lucidez le capacitó para percibir que también en este caso paradigmático se esconde la *dialéctica* de la emancipación, el virus de la perversión: la tentación de “la **retórica victimista**” femenina y con ella la caída en la seducción del *privilegio*. Mujeres: porque “débiles”, “**víctimas**”, porque víctimas, buenas, “*inocentes*”. Y en esta lógica, del amor gratuito que las caracterizaba, pero que es fuente de **sufrimiento**, se deslizaron hacia el dominio, hacia la igualdad en el poder..., olvidando que el genuino *feminismo* radica en la aspiración a “la **dignidad de sujeto**” (p. 161), en la “*reciprocidad*” sin prejuicio entre géneros y en la solidaridad con las *mujeres víctimas más débiles* (p. 162).

Un nuevo y sorprendente capítulo de desvelamiento y crítica de la dialéctica de la emancipación y la modernidad en una problemática difícil de abordar desde la condición de varón. Pero la lucidez de su mirada apunta siempre certeramente hacia la asunción de la responsabilidad, del ser sujeto.

La victimación, también la femenina, daña ante todo a las víctimas auténticas.

6. La insoportable inocencia del verdugo

Un caso especialmente dramático de “**victimación**”, de identidad y perversión **victimista**, tuvo lugar en la vieja Europa tras el derrumbe del socialismo establecido: el caso de la **propaganda serbia**.

El caso interesa sobremanera a Pascal Bruckner, ante todo, evidentemente, por sus trágicas consecuencias, pero también porque en él se llevaron al extremo las condiciones de posibilidad y los momentos esenciales de la **perversión victimista**.

Su núcleo central - su “error fundamental”, dramático, fue la “conversión”, más literalmente, “el disfraz” del **verdugo** bajo apariencia de **víctima**. Perversa transmutación - “subversión” diría Camus- que los líderes manipularon astuta y sistemáticamente para justificar la violencia, la guerra más vengativa. Para lo cual no dudaron en reivindicar para su pueblo la condición de “mártir”, incluso la identidad *judía*: (“los **nuevos judíos** somos **nosotros**”), y el sufrimiento de un **genocidio** más letal que el genocidio sufrido por los judíos. Nosotros somos las **víctimas**, ellos (croatas), los verdugos, los culpables.

Esta perversa *inversión* fue tan perfecta que puede considerarse “un caso de manual”. Y como tal llegó a confundir a líderes e intelectuales de Europa Occidental, quienes, por eso, cuando se descubrió la trágica verdad, cayeron dramáticamente en la indiferencia de la equidistancia, incapaces de asumir la menor responsabilidad. Trágico error de chantaje de las víctimas reales, desvelado y denunciado ya por Bruckner en el capítulo 4, con el agravante, en este caso, de que el proceso de reivindicación e identificación perversas de los verdugos con las víctimas reciben un respaldo añadido por parte de la *religión* oficial (ortodoxa) con una doblemente perversa bendición y *sacralización* que lo ratifica y consume en un *nacionalismo de corte racista*, en las antípodas de la elección mesiánica bíblica, como muy acertadamente advirtió Lévinas.

La **sacralización del sufrimiento** propio y de las propias **víctimas** incapacita para reconocer el sufrimiento y las víctimas **de los otros**, y en consecuencia, para advertir y condenar “la ignominia de nuestro tiempo”. Sin menoscabo alguno de la *singularidad* de la Shoá, hay que afirmar que las víctimas no son, de por sí, sagradas. En cuanto surge el intento de sacralizar la propia desgracia, de verla como **absoluta**, se invierte el sentido de la misma y se origina el conflicto, la **competencia victimista**. Tal fue también -señala certeramente Bruckner- la razón del conflicto, ya paradigmático, entre **Israel y Palestina**. Al sacralizar cada uno el propio drama, la **Shoá** por parte de Israel y **la condición de desposeídos** por parte palestina, se pervierten en *privilegio* que confiere derechos sobre los otros e impide el reconocimiento mutuo.

Pero lo más inquietante de este complejo y perverso proceso sucede cuando esa “inversión” o “conversión” fatal es la **perversión de la víctima en verdugo**: la transformación de los oprimidos, una vez alcanzado el poder, en dictadores, en verdugos, y con ella, la *pérdida de la inocencia* y la *perversión de la memoria*: El **sufrimiento judío, la Shoá, y la condición de desposeídos** se pervierten en derecho de venganza.

El análisis crítico de esta fatal perversión del sufrimiento, y concretamente del sufrimiento judío, en la retórica victimista serbia, adquiere una particular densidad en el libro de Pascal Bruckner. No en vano constituye para él un caso de manual de patología y perversión tanto del desafío del sufrimiento social como del sentido genuino de la condición de víctima en la victimación.

En él rastrea prácticamente todas las dimensiones de estas dos realidades desafiantes, desde la social a la estética pasando por la ético-política y la epistémica.

7. Los avatares de la compasión

La tentación de la inocencia adquiere en nuestros días nuevas dimensiones. Pascal Bruckner las aborda en el capítulo final de su libro. En la era de la información, la *dialéctica de la modernidad* se manifiesta en una nueva “paradoja”: en la paradoja de

la “**sobre-exposición**” del sufrimiento. El exceso de información sobre las desgracias y calamidades en el mundo no lleva a una mayor información y al crecimiento de la conciencia, sino, paradójicamente, a una saturación que genera indiferencia y apatía, y termina finalmente en una relativización y **banalización del sufrimiento**, incluso del Holocausto...

Las cifras y las imágenes nos abruman y suscitan la pregunta: ¿de quién es la responsabilidad? Ciertamente, no se puede exigir a nadie “que lleve él solo todo el peso de la humanidad doliente”. Tampoco podemos “acabar con todos los sufrimientos ni calmar todos los llantos” ... Y sin embargo, a todos nos atañe la responsabilidad. “Somos humanidad”, escribe Bruckner, y de ahí “surge una exigencia absoluta”. Si no respondemos a ella, dañaremos nuestra humanidad.

Nos topamos aquí con una nueva paradoja: la *dialéctica* entre solidaridad universal y amistad con los cercanos. La **compasión** no se puede descarnar del todo. “La piedad mira al conjunto, la compasión, a la persona”, decía Hanna Arendt. La solidaridad universal debe realizarse por eso en lo concreto, en “el fragmento”. Lo cual nos obliga a elegir. Esa es nuestra limitación como seres humanos hoy. Difícil limitación.

Pero la “tentación de la inocencia” acecha siempre en la misma debilidad, en la misma *patología*: en la inversión del **sentido del sufrimiento y de las víctimas**. También hoy. ¿Quién no ha percibido el auge del interés por los pobres e indigentes -por las víctimas- en nuestras sociedades avanzadas? ¿Quién no tiene “su víctima” particular? Precisamente los ricos, poderosos, famosos... se rodean de ellas... Pareciera que se da una “trascendencia de la víctima” y una “plusvalía del corazón” ... Pero bajo esas tendencias aparentemente positivas se esconde de nuevo la trampa, la *patología*: “el alboroto narcisista”, dice gráficamente Bruckner. Y lo explicita certeramente: “La **abolición del sufrimiento** sirve en primer lugar a la promoción de los benefactores.” A lo que contribuye generosamente el actual progreso de la información: la publicidad pervierte su acción en favor de los desdichados. El “espesor de su ego” (“Soy bueno y quiero que se sepa”) niebla su visión” e *invierte* el sentido de su actuación: en realidad, no es que los desdichados busquen una mano caritativa; es más bien el benefactor impaciente el que busca un desdichado al que asistir. La inversión deviene así completa: el benefactor se convierte no en “**prójimo**”, sino en “propietario” – **propietario del sufrimiento de la víctima**.

La **compasión** se desliza de este modo por una pendiente que la pervierte irremediabilmente en mercancía, en negocio: “en el comercio de las lágrimas”, bajo la lógica fatal del capitalismo. Y la inversión alcanza de lleno a la actuación misma en favor de las **víctimas**: la compasión degenera en complacencia, en placer ante su sufrimiento, en una especie perversa, afirma duramente Pascal Bruckner, de “sadismo de la piedad”.

Lo cual se produce más fácilmente cuando la **compasión** no va acompañada de la **acción política**. Sin esta, queda sola la **caridad**. Pero la caridad adolece de una peligrosa ambigüedad. La caridad vale, como decía el conocido Abbé Pierre, “antes y después de la ley”. Pero cuando la caridad se basta a sí misma y se hace excluyente, excluye también la reflexión, y la acción se pervierte. “Caridad sin política, denuncia con razón Bruckner, degenera en “desprecio” de las **víctimas**: estas son rebajadas, consciente o inconscientemente, de “seres autónomos y responsables” a meros “seres asistidos, dependientes”. Y la compasión se desliza hacia un “egoísmo apacible” o una “retórica sentimental”.

Apéndice

La *inmadurez* y la *victimación*, sostiene Pascal Bruckner, constituyen una “inclinación inexorable” en nuestros países, pero son, no obstante, “reformables”. Sin embargo, cuando se hacen frecuentes, tienden a convertirse en “cuasi-estructuras” y representan por eso “un desafío” al que hemos de enfrentarnos. Como la democracia está amenazada por su contrario, el totalitarismo, la “**sociedad de la responsabilidad**” atrae a su contrario como una amenaza: el **infantilismo** y la lamentación o la queja, que culmina en la **victimación**. La **tentación de la inocencia**, la propensión a la **dimisión de la libertad** debe ser contrarrestada hasta donde sea posible.

Para ello, piensa con razón el autor, no se ayuda precisamente “mimando” al individuo y “descargándolo de sus deberes, de su **responsabilidad**, sino justamente al contrario: mostrándole de nuevo “el **sentido de la deuda**” y los grandes valores de la democracia y de la razón que lo conviertan en **sujeto** de su historia. Este es el derecho que tienen las víctimas: “*dejar de serlo y convertirse de nuevo en sujetos*”; y este derecho es sagrado. Y “respecto a ellas no tenemos más que un deber: “prestarles asistencia”; y este deber es absoluto.

Pero no hemos de caer en sacralizaciones ni en “ilusiones desmesuradas”. Pascal Bruckner es sumamente sobrio: “la esperanza bíblica, la liberación de los oprimidos, no se producirá”, sostiene. Pero “al menos nos cabe -añade- la posibilidad de eliminar la suma de los **sufrimientos** injustificables.”

III. Parecer crítico sobre el planteamiento del libro

Al final del recorrido a través del libro de Bruckner se confirma mi convicción, adelantada al inicio, de que puede leerse como una prolongación de la *Dialéctica de la Ilustración*, quiere decir, como un lúcido desenmascaramiento y una crítica fina y certera de *patologías* de la Modernidad que invierten el sentido de los valores de la misma, la libertad y la responsabilidad, pervirtiéndolas en inocencia o infantilismo y queja o victimación.

Bruckner no aborda en su libro directamente el tema del *sufrimiento social* y las *víctimas*, pero sale al paso, con una lucidez verdaderamente sorprendente, de las

patologías y las *trampas* que acechan tanto a la experiencia del *sufrimiento ideológica* (en sus diferentes acepciones) como a la comprensión del sentido de la *condición de víctima*. No ofrece tanto un estudio científico cuanto una aproximación de *crítica desmitologizadora* que, sin embargo, desvela el genuino sentido que está en juego en esas dos realidades y nos enfrenta al desafío que plantean a nuestras sociedades occidentales avanzadas.

Como dejó escrito en su momento Tzvetan Todorov, Pascal Bruckner es un “analista implacable de nuestras mitologías” y, en cuanto tal, un “moralista” en el mejor sentido de la palabra. La brillantez de su escritura nada resta a la seriedad y profundidad de sus reflexiones críticas. Su “desengaño” no lo convierte en un posmoderno a la moda... Su reivindicación de una sociedad de la *responsabilidad* es demasiado vigorosa para esa dimisión.

Por otra parte, el que el libro se publicara ya en 1995 tampoco resta nada a la validez y actualidad del desafío que encierra. Si acaso, el hecho de que libro se gestara precisamente a tan solo unos años de la “barbarie serbia” puede haber condicionado, junto con la proximidad al judaísmo de miembros de los “Nuevos Filósofos”, que Bruckner no abordara el conflicto entre Israel y Palestina y la inversión de víctimas en verdugos que él conlleva hasta prácticamente el final de su libro. Pero cuando lo trata, lo hace con gran sensibilidad y lucidez, en línea con el hilo rojo de su relato.

IV. Consecuencias para las víctimas

Hay quien encuentra en algunos momentos del relato de Bruckner cierta “ligereza” en el tratamiento de las *víctimas*. Por ejemplo, cuando introduce en su relato una enumeración aparentemente *exótica* de *víctimas* (p. 137). Pero el contexto del texto excluye claramente esa lectura. Lo que hace el autor es precisamente criticar esa reivindicación más que ligera banal de “*falsas víctimas*” que surgen de diferentes procesos de *victimación*.

Lo que ciertamente hace Bruckner es una *reivindicación desmitologizada y desacralizada de las víctimas*. Una reivindicación nada victimista. El derecho de las víctimas no es ser objeto de lamentación ni de sacralización. Como escribía Bruckner y citamos más arriba, en el *Apéndice*, “el derecho de las víctimas es dejar de serlo y volver a **ser sujetos**”.